

Friedrich Dürrenmatt

LA SOSPECHA



Tras una delicada operación quirúrgica, que tal vez le alargue un poco más la vida, el comisario Bärlach, en su lecho de hospital, lee, curiosa y simbólicamente un ejemplar de la revista Life. Una fotografía allí publicada despierta en el médico que acaba de operarle la sospecha de que el tristemente célebre doctor Nehle, que practicaba operaciones sin anestesia en el campo de concentración de Stutthof, podría ser el actual director de una clínica privada suiza. A partir de ese momento, Bärlach emprende una arriesgada investigación que le conducirá, a través de una alucinante trayectoria poblada de monstruos, a un desenlace que él jamás pudo imaginar.

LA SOSPECHA

Friedrich Dürrenmatt

PRIMERA PARTE

La sospecha

A principios de noviembre de 1948, Bärlach fue ingresado en el Salem, el hospital desde el que se divisa el casco antiguo de la ciudad de Berna con el ayuntamiento. Un ataque cardíaco había aplazado dos semanas la difícil y urgente operación. Cuando por fin se llevó a cabo, transcurrió sin incidentes, pero el diagnóstico confirmó aquella enfermedad incurable de la que venía sospechándose. Lo tenía mal el comisario. Su jefe, el juez instructor Lutz, ya se había resignado en dos ocasiones a aceptar el fin de su subalterno, y dos veces pudo aún abrigar nuevas esperanzas, hasta que por fin, poco antes de Navidad, se produjo una mejoría. El anciano pasó las fiestas sumido en una especie de sopor, pero el lunes día 27 se despertó animado y se entretuvo hojeando números viejos de la revista norteamericana *Life* de 1945.

—Eran unos bestias, Samuel —dijo cuando el doctor Hungertobel entró en la habitación bañada en la luz vespertina para efectuar su visita—, unos bestias. —Y le alcanzó la revista—. Tú eres médico y puedes imaginarte lo que debió de ser aquello. Mira esta fotografía hecha en el campo de concentración de Stutthof. Nehle, el médico del campo, está practicándole una operación de vientre sin anestesia a un prisionero, y en ese mismo momento le hacen una fotografía.

El médico comentó que era una práctica frecuente entre los nazis y miró la fotografía, pero al punto empalideció y quiso dejar a un lado la revista.

—¿Qué te pasa? —preguntó el enfermo, asombrado.

Hungertobel no contestó enseguida. Puso la revista abierta sobre la cama de Bärlach, sacó unas gafas de concha del bolsillo superior derecho de su bata blanca y se las puso con un leve temblor que no pasó inadvertido al comisario. Entonces miró la foto por segunda vez.

«¿Por qué estará tan nervioso?», pensó Bärlach.

—¿Qué disparate! —dijo por último Hungertobel fastidiado, y dejó la revista sobre la mesa, junto a las otras—. Venga, dame la mano. A ver cómo anda ese pulso.

Transcurrido un minuto de silencio, el médico soltó el brazo de su amigo y miró la hoja clínica colgada sobre la cabecera de la cama.

—Tu estado es satisfactorio, Hans.

—¿Un año más? —preguntó Bärlach.

Hungertobel se desconcertó.

—No hablemos de eso ahora —contestó—. Tienes que cuidarte y someterte de nuevo a una revisión.

El anciano rezongó que él siempre se cuidaba.

—Pues entonces, perfecto —dijo Hungertobel, al tiempo que se despedía.

—¡Alcánzame el *Life*, por favor! —pidió el enfermo con aparente indiferencia.

Hungertobel le dio una de las revistas de la pila que había sobre la mesita de noche.

—Ésa no —dijo el comisario, y miró al médico con cierto aire burlón—; quiero la que acabas de quitarme. No me resulta tan fácil apartarme de un campo de concentración.

Hungertobel titubeó un instante, se sonrojó al sentir la inquisidora mirada de Bärlach clavada en él, y le alcanzó la revista. Luego abandonó la habitación muy deprisa, como si algo le resultara desagradable. Entró una enfermera y el comisario le pidió que se llevara las otras revistas.

—¿Y ésta no? —preguntó la enfermera señalando la que estaba sobre el cubrecama de Bärlach.

—No, ésta no —dijo el viejo.

Nada más marcharse la enfermera, volvió a mirar la fotografía. La impasibilidad del médico que estaba practicando aquel brutal experimento le daba cierto aire de ídolo pagano. Tenía la mayor parte de la cara oculta por la mascarilla antiséptica.

El comisario guardó la revista en el cajón de su mesita de noche y cruzó las manos detrás de la cabeza. Con los ojos muy abiertos se quedó mirando la noche, que se iba colando poco a poco en la habitación. No encendió la luz.

Más tarde volvió la enfermera con la cena. Seguía siendo escasa y de estricta dieta: sopa de avena. No probó la infusión de tila, que no le gustaba. Después de terminar la sopa apagó la luz y volvió a mirar la oscuridad, escrutando las cada vez más impenetrables sombras.

Le gustaba ver cómo se apagaban las luces de la ciudad a través de la ventana.

Cuando llegó la enfermera a arreglarle la cama para la noche, el comisario ya dormía.

A las diez de la mañana siguiente llegó Hungertobel.

Bärlach yacía en su cama, con las manos detrás de la cabeza, y sobre el cubrecama se veía la revista abierta. Sus ojos examinaron atentamente al médico. Hungertobel vio que lo que su amigo tenía ante sí era la foto del campo de concentración.

—¿No quieres decirme por qué empalideciste como un muerto cuando te mostré esta fotografía de *Life*? —preguntó el enfermo.

Hungertobel se acercó a la cama, cogió la hoja clínica, la estudió con más atención que de costumbre y volvió a colgarla en su lugar.

—Fue solo una equivocación ridícula, Hans —dijo—. No vale la pena ni mencionarla.

—¿Conoces a este tal doctor Nehle?

La voz de Bärlach delataba una extraña agitación.

—No —replicó Hungertobel—. No lo conozco. Tan solo me recordó a alguien.

El comisario comentó que el parecido tenía que ser grande.

El médico admitió que el parecido era grande, y volvió a mirar la foto con una inquietud que, esta vez, Bärlach pudo advertir claramente. Pero añadió que la fotografía solo mostraba la mitad de la cara, y que todos los médicos se asemejaban al operar.

—¿A quién te recuerda ese bestia? —preguntó el viejo, implacable.

—¡Todo esto es un disparate! —replicó Hungertobel—. Ya te he dicho que debe de ser una equivocación.

—Y, sin embargo, jurarías que es él, ¿verdad, Samuel?

El médico respondió que sí, y agregó que lo juraría si no supiera que aquél no podía ser el sospechoso. Más valía que dejaran ese penoso asunto. No era aconsejable hojear un viejo número de *Life* poco después de una operación en la que se había estado entre la vida y la muerte. Al cabo de un rato, mirando de nuevo la fotografía, como hipnotizado, prosiguió diciendo que aquel médico no podía ser el que él conocía, pues durante la guerra había estado en Chile. De modo que todo era un absurdo, cualquiera se daría cuenta.

—En Chile, en Chile —dijo Bärlach—. ¿Y cuándo regresó tu hombre, el que no puede, en tu opinión, ser tomado por Nehle?

—En el cuarenta y cinco.

—En Chile, en Chile —repitió Bärlach—. ¿Y no quieres decirme a quién te recuerda esa fotografía? —Hungertobel titubeó antes de responder. Al anciano doctor el asunto le resultaba muy penoso.

—Si te digo el nombre, Hans —dijo por último—, empezarás a sospechar de él.

—Ya he empezado a sospechar de él —respondió el comisario. Hungertobel suspiró.

—Ya ves, Hans —dijo—, justo lo que me temía. Y yo no quería esto, ¿me entiendes? Soy un viejo médico y no me

gustaría hacerle daño a nadie. Tu sospecha es una locura. No puede sospecharse de alguien a partir de una simple fotografía, y menos aún cuando la foto deja ver poco de su rostro. Además, ese hombre estaba en Chile: es un hecho.

El comisario inquirió qué había estado haciendo allí.

—Dirigía una clínica en Santiago —dijo Hungertobel.

—En Chile, en Chile —repitió Bärlach. Y añadió que era un estribillo peligroso y difícil de verificar. Que Samuel tenía razón: una sospecha era algo horrible y provenía del demonio—. Nada hace tanto daño como una sospecha —prosiguió—; lo sé perfectamente, y muchas veces he maldecido mi profesión. No hay que dejarse dominar por ella. Pero ahora tenemos una y tú me la has contagiado. Te la devolveré muy gustoso, mi estimado y viejo amigo, si tú también prescindes de la tuya, pues eres tú el que no logra liberarse de esa sospecha.

Hungertobel se sentó junto a la cama del viejo y lo miró con aire desvalido. Los rayos del sol penetraban oblicuamente en la habitación a través de las cortinas. Fuera hacía un día espléndido, como otras veces en aquel suave invierno.

—No puedo —dijo al final el médico en el silencio de la habitación—, no puedo. ¡Que Dios me asista! No consigo liberarme de esta sospecha. Lo conozco demasiado bien. Estudié con él y fue mi sustituto en dos oportunidades. El de la fotografía es él. Se ve también la cicatriz de la operación sobre la sien. La conozco, yo mismo operé a Emmenberger.

Hungertobel se quitó las gafas de la nariz y las guardó en su bolsillo superior derecho. Luego se enjugó el sudor de la frente.

—¿Emmenberger? —preguntó al cabo de un rato el comisario, con voz tranquila—. ¿Se llama así?

—Pues sí, ya lo he dicho —respondió Hungertobel, inquieto—. Fritz Emmenberger.

—¿Es médico?

—Así es.

—¿Y vive en Suiza?

—Es el propietario de la clínica Sonnenstein, en el Zürichberg —replicó el médico—. En el año treinta y dos emigró a Alemania, y luego a Chile. En el cuarenta y cinco regresó y se hizo cargo de la clínica. Uno de los sanatorios más caros de Suiza —añadió en voz baja.

—¿Solo para ricos?

—Solo para multimillonarios.

—¿Y es un buen científico, Samuel? —preguntó el comisario.

Hungertobel vaciló. Dijo que era difícil responder a esa pregunta, y añadió:

—Durante una época fue un buen científico, pero no sabemos muy bien si continúa siéndolo. Trabaja con métodos que nos parecen cuestionables. Aún sabemos muy poco acerca de las hormonas, que son su especialidad, y como ocurre en todas las ramas de la ciencia que se pretende conquistar, encuentras un poco de todo. Muchas veces los científicos y los charlatanes son una y la misma persona. ¿Qué se le va a hacer, Hans? Emmenberger es muy apreciado por sus pacientes, que creen en él como en un dios. Esto es, en mi opinión, lo más importante para pacientes tan ricos, en quienes hasta la enfermedad es un lujo; sin fe no funciona nada, y menos que nada las hormonas. Pues resulta que así ha ido cosechando éxitos, respeto y dinero. Por algo lo llamamos el «Tío heredero»...

Hungertobel interrumpió bruscamente su discurso, como arrepentido de haber pronunciado el sobrenombre de Emmenberger.

—¿El Tío heredero? ¿Y por qué ese apelativo? —preguntó Bärlach.

—Porque su clínica ha ido heredando las fortunas de muchos pacientes —replicó Hungertobel, con evidente mala conciencia—. Algo que allí se ha puesto, al parecer, de moda.

—¡Y que os ha llamado la atención a vosotros, los médicos! —exclamó el comisario.

Ambos callaron. En aquel silencio flotaba algo tácito que a Hungertobel le infundía temor.

—No deberías pensar lo que estás pensando —dijo de pronto, asustado.

—Solo pienso lo que tú piensas —respondió serenamente el comisario—. Seamos precisos. Aunque sea un delito lo que pensamos, no nos asustemos de nuestros pensamientos. Solo si los admitimos ante nuestra propia conciencia podremos analizarlos y, en caso de que nos equivoquemos, superarlos. ¿Qué estamos pensando, Samuel? Estamos pensando que Emmenberger aplica los métodos aprendidos en el campo de concentración de Stutthof para obligar a los pacientes a legarle sus fortunas, y luego los mata.

—¡No! —exclamó Hungertobel con mirada febril—. ¡No! —Y mirando a Bärlach con ojos de desamparo añadió—: ¡No debemos pensar semejante cosa! ¡No somos bestias! —Luego se levantó y empezó a pasearse alteradísimo por la habitación, yendo de la pared a la ventana y de la ventana a la pared—. ¡Dios mío! —gimió el médico—. ¡No hay nada más horroroso que momentos como éste!

—La sospecha —dijo el viejo desde su cama, y repitió una vez más, inexorable—: ¡la sospecha!

Hungertobel se detuvo junto a la cama de Bärlach.

—Olvidémonos de esta conversación, Hans —dijo—. Hemos ido demasiado lejos. Ciertamente, a veces nos gusta jugar con las posibilidades, pero no es bueno. No nos preocupemos más de Emmenberger. Cuanto más miro esa foto, menos creo que sea él. Y no es una evasiva. Ese tipo estuvo en Chile, no en Stutthof, y esto invalida nuestra sospecha.

—En Chile, en Chile —dijo Bärlach, y sus ojos centellearon, ávidos de una nueva aventura. Estiró el cuerpo y luego volvió a quedarse inmóvil y relajado, con las manos detrás

de la cabeza—. Ahora debes ir a ver a tus pacientes, Samuel —le recordó al cabo de un rato—. Están esperándote. No quiero retenerte más tiempo. Olvidemos nuestra conversación. Será lo mejor; tienes razón.

Ya en la puerta, cuando Hungertobel se volvió una vez más, receloso, hacia el enfermo, éste se había dormido.

La coartada

A las siete y media de la mañana siguiente, Hungertobel se encontró al viejo enfrascado en el estudio del matutino *Stadanzeiger*. Aquello sorprendió un tanto al médico, pues había llegado algo más temprano que de costumbre, y, a esa hora, Bärlach solía volver a dormirse o, al menos, dormir con las manos detrás de la cabeza. También le pareció que el comisario estaba más despejado que otras veces y su antigua vitalidad brillaba a través de sus párpados.

Después de saludarlo, Hungertobel preguntó al enfermo cómo le iba.

Y éste, impenetrable, replicó que estaba inhalando la brisa matinal.

—Hoy he venido a verte más temprano que otras veces, y no precisamente por razones de servicio —dijo Hungertobel acercándose a la cama—. De paso, te traigo una serie de revistas médicas: el *Semanario Suizo de Medicina*, una revista francesa y, sobre todo, ya que entiendes el inglés, varios números de *Lancet*, la célebre revista inglesa de medicina.

—Es muy amable de tu parte suponer que me intereso por esas cosas —respondió Bärlach sin levantar la mirada del *Anzeiger*—, pero no sé si será la lectura apropiada para mí. Sabes que no soy muy amigo de la medicina.

Hungertobel se rió:

—¡Y lo dice alguien al cual hemos ayudado!

—Pues justamente —dijo Bärlach—, eso no alivia el mal.

—¿Qué estabas leyendo en el *Anzeiger*? —le preguntó el médico, curioso.

—Ofertas de sellos de correos —replicó el viejo.

El médico meneó la cabeza.

—No obstante, vas a echarles un vistazo a las revistas, aun cuando por lo general prefieras esquivarnos a los médicos. Me interesa demostrarte que nuestra conversación de ayer fue un puro disparate, Hans. Eres criminalista, y te considero capaz de arrestar en pleno día a nuestro sospechoso médico de moda junto con sus hormonas y todo. No comprendo cómo pude olvidarlo. Resulta fácil probar que Emmenberger estuvo en Santiago de Chile. Desde allí publicó artículos en varias revistas de medicina, incluso inglesas y americanas, principalmente sobre problemas de secreción interna, y fue haciéndose un nombre con ellos; ya siendo estudiante destacaba por su talento literario y su pluma tan ingeniosa como brillante. Como ves, era un científico hábil y escrupuloso. Tanto más lamentable resulta, por ello, su actual propensión a estar en el candelero, si me permites la expresión; pues lo que hace hoy en día es demasiado gratuito, al margen de lo que uno piense sobre la medicina tradicional. Su último artículo apareció en *Lancet* en enero de 1945, pocos meses antes de que regresara a Suiza. Esto es, sin duda, una prueba de que nuestra sospecha fue un auténtico disparate. Te suplico que nunca más vuelvas a utilizar mis servicios como criminalista. El hombre de la foto no puede ser Emmenberger, salvo que hayan falsificado esa fotografía.

—Podría ser una coartada —dijo Bärlach doblando el *Anzeiger*—. Déjame ahí las revistas.

Cuando Hungertobel volvió a las diez para hacer su visita médica de rutina, el viejo estaba en su cama, absorto en la lectura de las revistas.

El médico comentó que de pronto parecía interesarle la medicina y, sorprendido, le tomó el pulso.

El comisario replicó que, efectivamente, Hungertobel tenía razón, los artículos provenían de Chile.

El médico se alegró y se sintió aliviado.

—¡Ya ves! ¡Y nosotros ya tomábamos a Emmenberger por un asesino de masas!

—Hoy en día se han hecho sorprendentes progresos en este arte —repuso Bärlach en tono seco—. El tiempo, querido, el tiempo. No necesito las revistas inglesas, pero déjame los números de la publicación suiza.

—¡Pero si los artículos de Emmenberger en el *Lancet* son mucho más importantes, Hans! —objetó Hungertobel, que ya estaba convencido del interés de su amigo por la medicina—. Deberías leerlos.

—Es que en el *Semanario Suizo de Medicina* Emmenberger escribe en alemán —replicó Bärlach en tono burlón.

—¿Y qué? —preguntó el médico, que no acababa de entender.

—Quiero decir que me interesa su estilo, Samuel, el estilo de un médico que hace algún tiempo manejaba hábilmente la pluma y ahora escribe con una notoria torpeza —dijo el viejo con cautela.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Hungertobel sin acabar de entender, al tiempo que examinaba la hoja clínica colgada sobre la cama.

—No es tan fácil montar una coartada —observó el comisario.

—¿Qué quieres decir? —exclamó el médico, perplejo—. ¿Sigues aún con tu sospecha?

Meditabundo, Bärlach observó la cara de su desconcertado amigo, ese rostro viejo, noble y cubierto de arrugas, el rostro de un médico que nunca en su vida se había tomado a un paciente a la ligera y, sin embargo, no sabía nada del ser humano, y le preguntó:

—¿Aún sigues fumando tus Little-Rose of Sumatra, Samuel? Me encantaría que me ofrecieras uno ahora. Me ima-